Domingo Decimoctavo del Tiempo Ordinario 31 de Julio de 2011

"Dadles vosotros de comer"

Después de tres domingos dedicados, mediante la lectura evangélica, a la afirmación del Reino de Dios, nos centramos en la fe en Jesús, Mesías del Reino. La narración de unos milagros de Jesús intentará reafirmar nuestra fe, y culminará en la confesión mesiánica de Pedro en Cesarea de Filipo.

Un proverbio budista dice que "cuando el dedo señala la luna, es estúpido se quede uno mirando el dedo". Algo de esto nos puede pasar a nosotros al leer los milagros de Jesús. Nos quedamos en el carácter portentoso de los milagros, sin llegar al mensaje que encierran. Jesús no pretende, con sus milagros, realizar prodigios propagandísticos. Son signos, así los llama san Juan (cfr. 2, 11), que abren brecha en este mundo de pecado y apuntan a la realidad del Reino de Dios.

El milagro de la multiplicación de los panes y los peces nos invita a descubrir el proyecto de Jesús. Una muchedumbre de gente sencilla sigue a Jesús. Le da lástima de la situación angustiosa de los que le seguían, que "andaban como ovejas sin pastor" (Mc 6, 34), y "no tienen qué comer" (Mc 8,3). Había entre ellos algunos enfermos a los que Jesús curó.

El Reino de Dios es el amor de Dios, la fuerza de Dios que penetra en la sociedad para que la justicia, la comprensión, la solidaridad, la responsabilidad, la honradez y la defensa de los más débiles vayan cambiando la convivencia entre los hombres. Es una fuerza que no se impone, sino que transforma; no domina, sino que atrae.

Tanto entonces como hoy se dan esas situaciones donde millones de seres humanos sufren de manera trágica. La necesidad y el hambre de los pobres es pluriforme. Conocemos bien los datos de tantos de nuestros semejantes que carecen de lo más elemental, porque son muchas clases de hambres y privaciones: hambre de pan, de trabajo y vivienda, de dignidad personal y cultura, de estima y afecto, de paz, libertad, de espíritu y religión.

¿Qué hacer ante esta situación? Jesús no es insensible. El relato evangélico rechaza la respuesta fácil de la insolidaridad: "despide a la multitud para que vayan a las aldeas y se compren de comer". La actitud de Jesús es de compromiso y solidaridad: "No hace falta que vayan, dadles vosotros de comer". Los discípulos cambian de actitud y ponen a disposición de Jesús todo lo que hay entre ellos, aunque sólo sean "cinco panes y dos peces". Solo entonces, cuando se unen la generosidad del hombre, que pone a disposición del que necesita lo que tiene, y el poder de Jesús, se realiza el milagro que destruye una situación inhumana y

angustiosa.

Desde la solidaridad compartida cambió la situación: “Comieron todos hasta quedar satisfechos y recogieron doce cestos llenos de sobras”. Jesús levanta los ojos al cielo para recordar a ese Padre de todos que está cerca de sus hijos y que nos invita a la fraternidad para que no le falte a nadie lo que necesita para vivir dignamente.

El conocido milagro de la multiplicación de los panes y los peces realizado por Jesús es signo del mundo querido por Dios. Un mundo solidario y fraterno donde todos compartamos dignamente los bienes que hemos recibido de Dios. Para ello los creyentes hemos de aprender a vivir con estilo fraternal escuchando las necesidades del hombre de hoy.

Joaquin Obando Carvajal